

GVIRTZ, Silvina.

El discurso escolar a través de los cuadernos de clase. Argentina (1930 y 1970)

Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, U.B.A. Eudeba, Buenos Aires, 1999, 168 págs.

Silvina Gvirtz nos presenta en esta oportunidad la versión completa de su tesis doctoral, la que fuera defendida en julio de 1996, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Su interés por la problemática proviene -según sus propias palabras- de algunas conclusiones a las que arribara en su tesis de maestría (1991) donde pudo observar una distancia considerable entre «las proclamas de la pedagogía» y «las prácticas discursivas ligadas a la escuela».

Coherente con sus intereses, su trabajo tiene por objetivo realizar un acercamiento a las prácticas escolares. En este sentido, se propone caracterizar una fuente de acceso privilegiada con relación a lo enseñado, poco indagada hasta el presente: **el cuaderno escolar de la escuela primaria en la Argentina**, en tanto que durante el período de estudio 1930-1970, se constituye en una de las formas prioritarias de registro de la enseñanza y también, en algunos casos, de aprendizaje, si se realiza una mirada a las evaluaciones de las actividades que allí se consignan o bien desde los errores.

En este sentido, dos condiciones hacen a los cuadernos de clase una fuente primaria de interés para la autora: su capacidad para conservar lo registrado, lo que permite su posibilidad de ser guardado, coleccionado, revisado y revisitado a lo largo del tiempo, y el ser un espacio de interacción entre maestros y alumnos donde es posible leer los efectos del proceso de enseñanza -aprendizaje, esto es, la tarea escolar.

Si bien por un lado el cuaderno de clase es considerado por Gvirtz como un soporte físico, como un ámbito privilegiado de los procesos escolares de escrituración, un lugar donde se reconoce la producción escolar -y es por ello que pueden estudiarse los contenidos-, por otra es una fuente en la cual pueden mirarse los resultados o efectos de determinados procesos escolares. Consciente de ello, la autora no analiza al cuaderno en tanto simple reflejo de las actividades escolares, o como memoria neutral de las mismas. Por el contrario, realiza un acercamiento **no ingenuo** de sus efectos al abordar el estudio de los cuadernos en tanto productor de efectos, en tanto operador o en tanto «**dispositivo escolar**».

Conceptualizar al cuaderno en tanto dispositivo escolar significa para Gvirtz considerarlo como un conjunto de prácticas discursivas escolares que se articulan de un determinado modo produciendo un efecto. Desde

esta lógica, el cuaderno le interesa no como síntoma o manifestación de cuestiones secretas u ocultas, sino en tanto conjunto de signos que se articulan y entrecruzan de modo particular, esto es, en tanto prácticas discursivas escolares. Así, a diferencia de las prácticas discursivas pedagógicas que son producciones **sobre la escuela**, las prácticas discursivas escolares son producciones **de la escuela**. Es decir, la escuela produce un discurso propio «el escolar» diferente de los discursos provenientes de las distintas disciplinas científicas o de la política. Entonces, el discurso escolar no sólo se reconocería por su adopción institucional, la escuela, sino que también por las características diferenciales que dicha institución genera. Ello no implica que la autora afirme que las disciplinas científicas no tienen cabida en su formación, por el contrario, de lo que trata es de establecer cómo y de qué manera ellas se articulan en su trama, pero generando algo distinto, este otro discurso: «el escolar».

Desde esta perspectiva, Gvirtz no sólo se aleja de quienes concibieron y conciben a la escuela como simple reorganizadora y distribuidora de saberes circulantes en otras esferas sociales, sino también de aquellas concepciones que le reconocieron una especificidad meramente instrumental. En este sentido, la autora asume la existencia de un discurso escolar específico, y por lo tanto lo que tratará de caracterizar a lo largo de su trabajo, es aquellos enunciados que conforman este discurso escolar, esto es, aquellos que presenta este particular dispositivo: el cuaderno.

En lo que respecta a sus alcances y límites, el trabajo de Gvirtz centra su objeto de estudio en los cuadernos de clase de la escuela primaria argentina producidos entre 1930 y 1970 en la medida que es durante el transcurso de esos cuarenta años que el cuaderno -a diferencia de otros recursos auxiliares- ocupa un lugar privilegiado en el interior de las aulas. La composición de la muestra es de un total de 781 cuadernos, pertenecientes a 90 alumnos, y correspondientes a 193 secciones. Es una muestra heterogénea en lo que respecta a los diferentes años de elaboración, las diferentes edades y grados de los alumnos, las diversas regiones geográficas (provincia de Buenos Aires, Capital Federal, Córdoba, Entre Ríos, Mendoza y Santa Fe) y en cuanto a las disímiles jurisdicciones de origen. Ello le permite a la autora sustentar algunas argumentaciones referidas a la homogeneidad de los enunciados que se observan en los cuadernos que componen el universo de su estudio.

Durante el período que Gvirtz trabaja, el cuaderno de clase se manifiesta sin importantes discontinuidades en lo referido tanto a su estructura como a su dinámica interna. En consecuencia, poner los límites del estudio en esta época se debe -según la autora- tanto a cuestiones internas del cuaderno, como externas a él, relativas a cambios más generales del sistema educativo que lo afectaron directa o indirectamente.

En cuanto a las cuestiones internas pueden señalarse los cambios que se manifiestan a mediados de la década del sesenta y a principios de los setenta en lo referido, por ejemplo, a la utilización en ellos de la primera persona del singular, el empleo de colores más variados, el abandono del uso de la copia mediante el papel de calcar para las ilustraciones a los efectos de otorgar una mayor libertad tanto a la escritura como al dibujo expresivo. En cuanto a los externos, Gvirtz señala los vinculados a la política educativa que se sustenta en un nuevo enfoque de tratamiento de los problemas educativos: el desarrollismo. Y es vinculadas a estas políticas donde parece generarse un ingreso institucional más significativo a las ideas pedagógicas de la denominada «escuela nueva». Ellas parecieran penetrar relacionadas con la creación de nuevos establecimientos privados no confesionales que surgen a partir del triunfo de la concepción subsidiaria del Estado en la educación, o a partir de lo que se denominó «enseñanza libre». Estas modificaciones alcanzan también a los recursos de la vida cotidiana de la escuela, indicando el fin del cuaderno como instrumento privilegiado de escrituración de la tarea escolar primaria. Así es posible mencionar, por ejemplo, la difusión y el efecto que operaron en la escuela el uso de las copiadoras como tecnología de apoyo en la institución escolar (sellos, mimeógrafos y fotocopiadoras), la difusión de la carpeta en sexto y séptimo grado, entre los más destacados. Esto en cuanto al planteamiento del problema, sus alcances y límites, y a la perspectiva teórica metodológica del trabajo («Introducción»).

En el capítulo segundo («El cuaderno: sus marcas físicas»), Gvirtz nos muestra cómo el cuaderno de clase fue uno de los pocos elementos de la práctica escolar que sufrió un significativo proceso de naturalización. Por lo tanto, detallar sus marcas físicas y sus mecanismos de constitución tiene para la autora como objetivo primero **desnaturalizarlo**, en tanto que su conformación se debió a un producto cultural, a una invención específicamente escolar. Es que el cuaderno usado en la Argentina hasta la década del '70, es único, en tanto que toda la ejercitación -de todas las asignaturas- se condensa en un mismo cuaderno. Se trató -afirma Gvirtz- de un producto cuya característica fue la **acumulación**, y su único límite el tiempo social del fin de las clases. Pero la conformación física del cuaderno se articula con otro tipo de pautas escolares. El cuaderno se estructura en función de tres ejes centrales que se presentan subordinados entre sí: el tiempo, la actividad y el contenido disciplinar. El tiempo en la escuela es un constructo que implica necesariamente la finalización de las tareas. Pero el calendario escolar, en tanto eje temporal, subordina a sí mismo los otros ejes que estructuran el cuaderno (actividades y disciplinas).

En el tercer capítulo («La configuración histórica del cuaderno de clase») Gvirtz demuestra, no ya desde su conformación física sino desde su conformación histórica cómo el cuaderno no fue un objeto natural ni neutral: tiene una historia social y cultural. En él nos relata de dónde salieron y cómo se constituyeron e incorporaron al cuaderno cada una de las piezas que lo conformaron. Su objetivo es mostrarnos quién y cómo «inventó» el cuaderno de clase. Porque su configuración fue arena de encendidas polémicas entre maestros y pedagogos de diversas vertientes teórico-pedagógicas. Es decir, el cuaderno de clase es fruto de dichas discusiones; discusiones que albergaron en su seno tanto lo innovador (Escuela Nueva) como lo conservador (Escuela Tradicional).

En el capítulo cuarto («Las actividades y la conformación del discurso escolar»), la autora se propone realizar -a partir del estudio de los enunciados inscriptos en el espacio del cuaderno- un abordaje de la conformación del discurso escolar. Por lo tanto, aquí se aboca a la descripción y análisis de las regularidades enunciativas vinculadas al segundo eje que articula explícitamente el cuaderno de clase: la actividad. La actividad es definida en este estudio como la obra que resulta de operar con el universo estipulado institucionalmente y en función de reglas establecidas para tal fin. Siendo la actividad uno de los ejes principales a partir de los cuales se estructura el cuaderno de clase, está organizada tanto externa como internamente. De esta forma, en este capítulo Gvirtz trabaja, en primer lugar, las formas que toma internamente cada actividad, para luego estudiar las actividades en tanto conjunto de enunciados tipificables y caracterizables, que estructuran el cuaderno.

El tercer eje a partir del cual se organizan los cuadernos de clase es el disciplinar. Esta división temática se realiza al interior de cada ejercicio y se señala por medio del titulado y del subtulado. Así, en el capítulo quinto («El cuaderno y la administración de los saberes curriculares») Gvirtz analiza la dinámica por medio de la cual, las disciplinas curriculares se insertan como parte de prácticas discursivas escolares, para luego desarrollar la hipótesis según la cual lo propio del discurso escolar, o al menos, una de sus características más salientes, es la capacidad de administrar otros discursos disciplinares de los que paralelamente se diferencia. En este sentido, la autora sostiene que el discurso que parece producir la escuela a través de los cuadernos le permite administrar estos otros discursos de los que, supuestamente, es portavoz.

Hasta aquí lo que se refiere a las regularidades propias de los cuadernos más viejos, es decir, de aquellos de la década del '30 y en los cuadernos también de los '60. Sin embargo, la autora explicita que si se compara un

cuaderno de la década del '30 con otro de la década del '50 o de fines de los '60, sería imposible no notar diferencias entre unos y otros. Justamente, observar la naturaleza de estas diferencias, y de cómo se conceptualizan es el objetivo del capítulo sexto («*Las discontinuidades del cuaderno: alcances y límites*»).

En el último capítulo, el objetivo es extraer algunas conclusiones del trabajo realizado precedentemente, tratándose de perfilar algunas consecuencias tanto teóricas como prácticas de la mirada. Así, el capítulo séptimo («*Conclusiones*»), se construye sobre tres objetivos. El primero, trata de revisar algunos planteos circulantes; el segundo, plantear algunas observaciones de carácter teórico en función de las reformas educativas diseñadas en la Argentina de los '90 y el último, observar algunos de los límites del trabajo, así como también, el reflexionar sobre posibles investigaciones futuras.

En síntesis, Gvirtz se propone en este trabajo reconstruir los orígenes, continuidades y discontinuidades de uno de los dispositivos escolares hegemónicos de la escuela primaria argentina durante décadas: el cuaderno de clase, en tanto dispositivo escolar hasta el momento poco estudiado empíricamente. Su libro interesará a quienes se dediquen a las Ciencias de la Educación en general, a aquellos que se dediquen a la Historia de la Educación y, por lo tanto, les preocupe desedimentar y/o desnaturalizar las prácticas escolares. Pero también, a los maestros, en particular a aquellos que les interese encontrar las claves para comprender cómo se ideó este recurso aparentemente «neutro» e «ingenuo» y cómo se convirtió en un «dispositivo de poder», a los efectos de poder revisar críticamente las propias prácticas de enseñanza y, por qué no, de generar las reflexiones necesarias que operen como disparadoras de cambios acordes a los tiempos de la escuela argentina del presente. Y, en fin, a todos aquellos que les interese saber cómo y por qué la escuela primaria argentina entre 1930 y 1970 registró lo enseñado a partir de concebir al cuaderno de clase como «el» recurso privilegiado de escrituración del aula.

MARÍA DEL PILAR LÓPEZ
Paraná (Argentina)

KLIEBARD, Herbert M.

Scholed to Work. Vocationalism and the American curriculum, 1876-1946.

Nueva York, Teachers College Press, Columbia University, 1999, 292 págs.

Herbert Kliebard es, sin duda, una de los académicos más importantes en lo que se refiere a la investigación sobre historia del curriculum. Desde su ya clásico trabajo de 1986 –*The struggle for the American Curriculum*– ha venido presentando interesantes y sugerentes categorías de análisis –en especial la de «tradición curricular»– para comprender la lógica de la consolidación y cambio de las distintas propuestas curriculares, en especial para el caso estadounidense.

El trabajo que aquí estamos reseñando, su última publicación, se ubica en esta misma línea para un caso más específico: el devenir del «vocacionalismo» como una tradición curricular en EEUU. En palabras del autor, «este libro es un intento de trazar la evolución de la formación para el trabajo como un ideal educativo» (p. Xiv). Ubica su origen en 1876, año en el cual John Runkle, presidente del MIT, conoce dentro de la Philadelphia Centennial Exposition el «sistema ruso» de aprendizaje de oficios basado en una separación entre la enseñanza de las habilidades laborales y el proceso real de producción. De esta forma, el aprendiz se preparaba para el trabajo mediante lecciones cuidadosamente prediseñadas de determinadas habilidades laborales. Este sistema le pareció fácilmente escolarizable, por lo que comenzó una campaña para su expansión dentro del sistema educativo norteamericano. Este primer intento de incluir la formación manual en las escuelas norteamericanas dio lugar a la educación vocacional, la que poco a poco fue sumando la idea de que el curriculum en su totalidad debía tener como finalidad obtener y mantener un trabajo.

La obra se organiza a partir de dicho recorrido. Los dos primeros capítulos abarcan el período 1876-1912 en el ámbito nacional, y se completan con los dos siguientes –escritos en colaboración con Carol J. Kean– que profundizan la implementación de la formación manual en las escuelas públicas de Milwaukee, Wisconsin, ciudad de gran importancia industrial. El capítulo 5 se ocupa del período 1908-1919, el siguiente aborda la década de 1920, y el séptimo su expansión en articulación con la política del New Deal hasta 1946. El octavo capítulo, último de la obra, ocupó el lugar de las conclusiones con el título de «La vocación dominante en todos los seres humanos»: triunfos y fracasos del vocacionalismo».